

A close-up portrait of Pep Guardiola, looking thoughtfully to the right with his hands clasped under his chin. The background is dark and out of focus.

# PEP

*La biografía*

# GUARDIOLA

OTRA MANERA DE GANAR

**GUILLEM BALAGUÉ**

Prólogo de Sir Alex Ferguson

La primera biografía internacional de Pep Guardiola explica cómo el exentrenador del Barcelona consiguió un número extraordinario de títulos, cómo cambió el fútbol a la vez que obtenía éxitos y cuál era su verdadera relación con los futbolistas clave durante los maravillosos cuatro años en que estuvo a cargo del mejor equipo del mundo (quizá de la historia). Pero es mucho más. El autor, la cara del fútbol español en el Reino Unido, consiguió conversar con Guardiola cuando Pep no concedía entrevistas y charló con las personas más influyentes de su entorno y con los principales futbolistas del Barcelona, además de entrenadores y jugadores rivales que sufrieron el talento blaugrana. Entre ellos, sir Alex Ferguson que, pese a perder dos finales de la Liga de Campeones contra el Barcelona, admira a Guardiola. Pero para Pep, el triunfo iba acompañado de cierto drama personal: cada partido era uno menos en la élite, nunca sintió ser lo suficientemente bueno en su trabajo, sus disputas con Mourinho le hicieron daño y sufría enormemente tomando decisiones. Lo suyo es, también, otra manera de ganar.

## Acerca de la obra

«En este libro, maravillosamente escrito y de documentación sólida, descubrirán cómo Pep Guardiola, el hijo de un albañil, consiguió establecer los principios de la excelencia en el FC Barcelona y lo elevó a un nuevo nivel.»

STEVE AMOIA, *WORLD FOOTBALL COMMENTARIES*

«El libro de Balagué consigue llegar al fondo de por qué Guardiola tiene tanto interés para el público en general; se mete bajo la piel del entrenador y muestra qué es lo que lo hace funcionar a él y a su equipo, además de contar anécdotas y detalles de las estrategias que traza fuera del campo, lo que ayuda a proporcionar una visión más definida de la persona y del club del que se ha convertido en símbolo.»

BRIAN IRVINE, *BACKPAGE FOOTBALL*

«*Otra manera de ganar* es un libro para disfrutar, que llega a mostrar profundamente la mente de este prodigio de entrenador.»

PAUL MORRISSEY

A mi hermano Gustavo (culé), a mi hermana Yolanda (recién convertida en culé), a Luis Miguel García (que nunca será culé), y a Brent Wilks (que nos recuerda constantemente que el fútbol no es una cuestión de vida o muerte)

## Introducción de sir Alex Ferguson

Perdí una gran oportunidad de fichar a Pep Guardiola. No sé bien por qué, pero había decidido dejar el Barcelona y nos dijeron que podría estar interesado en el Manchester United. Nos pusimos en contacto con sus representantes, creí que podría persuadirle.

Quizá no elegí el momento oportuno, quizá lo intenté demasiado pronto. Habría sido interesante tenerle en mi plantilla; Pep era la clase de jugador en que acabó convirtiéndose Paul Scholes: capitán, líder y centrocampista en el increíble Dream Team del Barça de Johan Cruyff, mostraba compostura y habilidad con el balón y dictaba el ritmo del partido, lo que lo convirtió en uno de los futbolistas más brillantes de su generación. Esas eran las cualidades que yo andaba buscando. Acabé por fichar a Juan Sebastián Verón aquel verano. A veces, me da por preguntarme: «¿Qué hubiera pasado si este futbolista o aquel otro hubiera jugado en el United?». Lo pensé a menudo con Guardiola.

Entiendo por lo que Pep pasó como futbolista en sus últimos meses en el Barcelona. Cuando uno está en un club de tanta envergadura como el Barça, prefiere soñar que durará toda la vida, que pasará toda su carrera en el mismo sitio, en la institución de la que soñó formar parte desde que era un chaval. Así que, aunque nos dijeron que había decidido cambiar de club, cuando contactamos con él, no quiso comprometerse con nosotros: Pep probablemente pensaba que, pese a todo, todavía tenía futuro en el club, que las cosas podrían dar un vuelco al final. Debió de ser un mo-

mento turbulento para él y terminó por marcharse, pero no pudimos llegar a un acuerdo.

Qué pena. En el mundo del fútbol, nada es eterno. La edad y el tiempo lo desgastan todo, y llega un día en el que el futbolista, por decisión propia o del club, debe buscar una salida. En ese momento, creí que le estábamos ofreciendo una solución, una alternativa, pero no salió como yo esperaba. Me recuerda a Gary Neville. Gary llevaba desde los doce años en el Manchester United, se había convertido casi en un miembro de mi familia, un hijo, alguien de quien te fías y dependes. Formaba parte de la sólida estructura de la plantilla. Pero un día todo se acaba. En el caso de Pep, darse cuenta de que el sueño tocaba a su fin debió resultarle duro. Yo podía comprender sus dudas, su dilación a la hora de definirse, pero llegamos a un punto en el que tuvimos que buscar en otro lado y la oportunidad desapareció.

Una cosa que he observado en Guardiola —crucial para su inmenso éxito como entrenador— es su gran humildad. Jamás ha intentado presumir de nada; siempre se ha mostrado extremadamente respetuoso, y eso es muy importante. Es bueno poseer esas cualidades y, si analizamos su perfil con la distancia que otorga el tiempo, es obvio que Pep ha sido una persona con las ideas muy claras, pero también muy considerado con las de los demás. Como jugador, nunca fue el típico futbolista que copa las portadas de los periódicos. Tenía un estilo de juego singular; nunca fue increíblemente rápido, pero era un futbolista brillante y sereno. Como entrenador, es muy disciplinado, sus equipos salen al campo muy bien preparados y, gane o pierda, siempre muestra la misma actitud elegante y modesta. Para ser sincero, creo que es positivo tener a alguien así en esta profesión.

Pese a todo, parece que Pep llegó a un punto en su trayectoria como entrenador en el que era consciente de la importancia de su papel en el Barça a la vez que experi-

mentaba las exigencias inherentes al cargo. Estoy seguro de que en numerosas ocasiones pensó: «¿Cuánto durará esta buena racha? ¿Seré capaz de crear otro equipo tan competitivo? ¿Podré conseguir la Liga de Campeones de nuevo? ¿Puedo mantener este nivel de éxitos?».

Si hubiera llegado a tiempo para aconsejarle, le habría dicho que no se preocupara por esas cuestiones; no alcanzar la final de la Liga de Campeones no supone una imputación contra su capacidad como entrenador ni la de su equipo. No obstante, comprendo la presión; las expectativas eran muy altas cada vez que jugaba el equipo de Guardiola, todos querían vencerle. De hecho, creo que él estaba en una posición privilegiada en cierto sentido e igual, ante tanta presión, no se dio cuenta, pero lo único de lo que tenía que preocuparse era de encontrar la manera de abrir la defensa rival. El resto venía dado por la calidad de sus futbolistas, por la lealtad de estos a una idea, a un estilo de juego que entendían y respetaban.

Creo que uno de los grandes placeres de la vida es perseverar. Así que ¿por qué marcharse? Quizá fuera por una cuestión relacionada con el control de los futbolistas, con la constante búsqueda de nuevas tácticas porque los equipos rivales habían empezado a descubrir y a contrarrestar el juego del Barça; quizá sintió que no podía encontrar nuevas maneras de motivar a la plantilla.

Desde mi experiencia, un ser humano «normal» quiere hacer las cosas de la forma más sencilla posible en la vida. Sé de personas que se han retirado a los cincuenta años — ¡no me preguntes por qué!—, así que el motor que mueve a la mayoría de la gente difiere claramente del de ciertos individuos como Scholes, Giggs, Xavi, Messi o Puyol, que, a mi modo de ver, son seres excepcionales: no necesitan ser motivados, porque anteponen su orgullo a todo. Estoy seguro de que la plantilla de Pep estaba llena de esa clase de individuos que son un ejemplo para los demás y que tenían unas ganas enormes de competir al más alto nivel.

Conozco a Gerard Piqué de la época en la que jugaba en el United: fuera del campo, puede ser un tipo bromista y relajado, pero en el terreno de juego es un ganador. Ya lo era en el Manchester United y por eso no queríamos que se fuera. Y sin duda lo sigue siendo, lo demuestra cada semana.

A lo que me refiero es a que los jugadores que Pep tenía bajo sus órdenes necesitaban menos motivación que la mayoría. ¿Quizá Pep subestimó su habilidad para sacar de nuevo lo mejor de su plantilla? Hemos visto lo que consiguió con el Barça, y está claro que hay que poseer un talento especial para mantener el equipo compitiendo a ese nivel y con semejante éxito durante tanto tiempo. Pero estoy convencido de que Pep dispone de suficientes armas para hacerlo otra vez, y todas las veces que sea necesario.

Lo que Guardiola consiguió en sus cuatro años a cargo del primer equipo del Barça supera cualquier hazaña de los anteriores entrenadores en el Camp Nou, y eso que ha habido grandes figuras de los banquillos: Van Gaal, Rijkaard y Cruyff, por nombrar algunos; pero Guardiola ha llevado determinadas áreas a otro nivel —como la presión para recuperar el balón—, y el estilo disciplinado del Barça y la ética de trabajo se han convertido en un sello distintivo del liderazgo de Pep. Creó una cultura en la que los jugadores saben que, si no se esfuerzan, no permanecerán en el club. Créeme, eso no es fácil.

Antes de su siguiente paso tras el año sabático, tanto si apuesta por la Premier League como si no, se especulará diariamente sobre su futuro. Y te digo una cosa: ha entrenado en el FC Barcelona, un magnífico club, y vaya donde vaya, su vida no será más relajada. En cualquier club encontrará la misma presión y despertará el mismo grado de expectación. Insisto, en cualquier club tendrá la misma experiencia: Pep es un técnico, y como tal ha de decidir lo mejor para su equipo, elegir jugadores y sus tácticas, tomar mu-

chísimas decisiones todos los días. Así de simple. En ese aspecto, es lo mismo en todas partes.

Yo he tenido éxito en el Manchester United durante bastantes años, aunque mi experiencia no ha estado exenta de problemas. A todas horas hay temas pendientes: en realidad no hacemos otra cosa que relacionarnos con seres humanos, aunque sea en el extraño ámbito del fútbol. Siempre hay un sinfín de asuntos que requieren atención: representantes, familia, estado físico, lesiones, edad, perfil, egos, etc. Si Pep se fuera a otro club, las cuestiones serían las mismas que ya ha tenido que afrontar en el Barça. La expectación, las preguntas en busca de la respuesta adecuada, los problemas nunca le abandonarán.

Por consiguiente, ¿por qué optó por dejar el Barcelona? Cuando me entrevistaste antes de que Pep anunciara su decisión, dije con absoluto convencimiento que sería absurdo dejar atrás esa obra que estaba construyendo. Si te fijas en el Real Madrid, un equipo ganador de cinco Copas de Europa a finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta, no existe ninguna razón para pensar que él no podría haber hecho lo mismo con el Barça. Si yo tuviera ese equipo, alcanzar esas cotas, las del Madrid, supondría una motivación personal. Si yo fuera Pep, abandonar el Barcelona hubiera sido, sin duda, la decisión más difícil de tomar en toda mi carrera.

SIR ALEX FERGUSON, *Primavera del 2012*

## Roma. 27 de mayo del 2009. Final de la Liga de Campeones de la UEFA

Minuto ocho del partido. El Barça todavía no ha encontrado su ritmo. Todos los jugadores están en las posiciones correctas, pero ninguno parece dispuesto a morder, a propiciar jugadas de peligro y a presionar al jugador en posesión del balón. Se muestran cautos, con un excesivo respeto por el Manchester United. Ronaldo dispara a portería, pero Víctor Valdés consigue despejar. Poco después, un nuevo chut a la portería blaugrana. El United se está acercando. El disparo de Cristiano esta vez roza el palo. Centímetros. Esa es la distancia que separa al Manchester del gol.

Solo unos centímetros que podrían haber variado para siempre el modo en que el mundo juzgó a Pep Guardiola y su revolución en el Camp Nou.

Giggs, Carrick, Anderson están triangulando cómodamente. Hay que actuar. Pep se levanta de un salto del banquillo y grita un par de instrucciones rápidas; los jugadores identifican su voz por encima del ensordecedor ambiente en el abarrotado estadio Olímpico de Roma.

Pep ordena a Messi que se coloque entre los defensas centrales del United, como falso delantero, y desplaza a Eto'ó muy abierto a la banda para que ejerza de extremo derecha. Mientras tanto, Ferguson, impasible en el banquillo, está encantado con el resultado hasta el momento; siente que controla la situación.

Pero la suerte cambia, al principio, de manera imperceptible. Messi envía el balón a Iniesta, que toca para Xavi;

Messi recibe de nuevo. De repente, Carrick y Anderson han de reaccionar con celeridad, decidir a quién marcar, qué pase cortar, qué espacio cubrir. Giggs está vigilando a Busquets y no puede ayudar.

Iniesta recibe el balón en el centro del campo. Eto'ó se ha desmarcado de Evra, e Iniesta detecta la oportunidad que se abre en el flanco derecho. Avanza regateando por el centro con el balón pegado al pie y entonces, en el instante preciso, pasa en profundidad a Eto'ó, con un toque incisivo, perfecto, medido. Con los centímetros justos. El camerunés recibe al borde del área, Vidić intenta un último esfuerzo desesperado por evitar el disparo, pero Eto'ó recorta y, en un abrir y cerrar de ojos, confiando en su puro instinto asesino, dispara al primer palo.

El destino de ese chut, ese instante, la culminación de una jugada, ayudará a convertir una idea, una semilla plantada cuarenta años antes, en un tsunami futbolístico que transformará la esencia del juego en los próximos años.

Gol del Barcelona.

## Prólogo

Sir Alex, Pep dejó el FC Barcelona y todo aquello que había forjado porque no es como la mayoría de entrenadores. Se marchó porque, lo suyo, no es habitual. No es un entrenador cualquiera.

Seguro que ya se dio cuenta de ello la primera vez que coincidió con él en el banquillo, en la final de la Liga de Campeones en Roma, en el 2009. Para ese partido, Guardiola había compilado sus pensamientos y aplicado su filosofía de club a todos los aspectos vinculados al encuentro, desde la preparación hasta las tácticas, desde la última charla técnica hasta la forma en que celebraron la victoria. Pep había invitado al mundo entero a disfrutar junto a él y sus jugadores de la alegría de jugar una extraordinaria final.

Sir Alex, Guardiola estaba seguro de que había preparado al equipo para vencer pero, si no ganaban, los culés se irían a casa con el orgullo de haberlo intentado al estilo del Barça y, en el proceso, de haber superado un período oscuro de su historia.

Pep no solo cambió la dinámica negativa en el club sino que además, en tan solo doce meses desde su llegada, había empezado a enterrar unos poderosos mandamientos sobreentendidos pero imperantes en el mundo del fútbol: sobre la importancia de ganar por encima de todo, sobre la imposibilidad de conciliar el principio de alcanzar las más altas cotas con el buen juego, o esa idea tan extendida que consideraba obsoletos los valores esenciales de la deportividad y el respeto. ¿A quién se le habían ocurrido esos nuevos preceptos? ¿Quién había establecido esa tendencia?

Desde que llegó al banquillo azulgrana, Pep decidió ir a contracorriente porque todo ello atentaba contra sus creencias.

Pero eso fue al principio.

Hacia el final de su etapa en el Barça, Pep ya no era el joven entusiasta e ilusionado que usted conoció aquella noche en Roma o con el que coincidió al año siguiente en Nyon, en la sede de la UEFA, durante uno de esos raros encuentros entre entrenadores, una profesión, por lo demás, particularmente solitaria.

El día que Pep anunció al mundo que dejaba el club de su infancia después de cuatro años al frente del primer equipo, usted mismo pudo ver el elevado precio que había pagado: era evidente en sus ojos y en su creciente calvicie, en sus canas. Pero esos ojos... Sí, el costo era especialmente visible en sus ojos. Pep ya no era el muchacho vivaz ni impresionable de aquella mañana en Suiza, cuando usted le ofreció unos cuantos consejos paternales. ¿Sabe que Pep todavía habla de esa conversación, de esos quince minutos con usted, como uno de los momentos más memorables de su carrera profesional? Se sintió como un adolescente deslumbrado ante la mayor de las estrellas. Durante varios días se le oyó decir: «¡He estado con sir Alex, he hablado con sir Alex Ferguson!». Por entonces, todo era nuevo y emocionante; los obstáculos eran retos en vez de barreras insalvables.

En aquella soleada mañana de septiembre del 2010, en el moderno edificio rectangular de la UEFA, a orillas del lago Lemán, la conferencia anual de técnicos ofrecía el marco perfecto para el primer encuentro social entre usted y Pep Guardiola desde que ambos eran entrenadores. Apenas habían tenido ocasión de intercambiar unos pocos cumplidos en Roma y Pep tenía la esperanza de poder hablar un rato con usted, lejos de las presiones de la competición.

La conferencia ofrecía una oportunidad a los preparadores para charlar, comentar tendencias, quejarse y afianzar

los vínculos como un selecto y reducido grupo de profesionales que pasarían el resto del año en un estado de perpetuo aislamiento, en lucha constante contra algo más de veinte egos, además de los de sus familias y representantes.

Entre los invitados en Nyon se encontraba José Mourinho, el controvertido nuevo entrenador del Real Madrid y reciente campeón de Europa con el Inter de Milán, el equipo que había eliminado al Barça de Pep en la semifinal la temporada anterior.

A media mañana, en el primero de los dos días que iba a durar la conferencia, usted llegó a la sede de la UEFA en uno de los dos minibuses. En el primero viajaba el técnico luso junto con el por entonces entrenador del Chelsea, Carlo Ancelotti, y el de la AS Roma, Claudio Ranieri. Guardiola iba en el segundo minibús, a su lado. Tan pronto como usted entró en el edificio, Mourinho se acercó al grupo que se formó a su alrededor; Guardiola, en cambio, se apartó un poco para asimilar el momento, para inmortalizarlo en su álbum de fotos de los recuerdos—siempre consciente de la relevancia de esos acontecimientos en su historia personal—. Después de todo, estaba rodeado de algunas de las mentes más privilegiadas del fútbol; estaba allí para escuchar, observar y aprender, como siempre ha hecho.

Pep permaneció un rato solo, distanciado de las conversaciones que llenaban la sala. Mourinho lo vio de soslayo y abandonó el grupo. Saludó a Guardiola y le estrechó la mano efusivamente. Los dos sonrieron. Charlaron animadamente durante unos minutos antes de que se les uniera Thomas Schaaf, el entrenador del Werder Bremen, que ocasionalmente consiguió captar la atención de sus colegas.

Fue la última vez que Pep Guardiola y José Mourinho iban a charlar con esa efusividad.

El grupo entró en la sala de conferencias principal para asistir a la primera de las dos sesiones de aquel día, en la

que hablaron de las tendencias tácticas que se habían usado en la temporada previa de la Liga de Campeones y otros temas relacionados con la Copa del Mundo en Sudáfrica que España acababa de ganar. Al final de aquella sesión, todos los asistentes posaron para una foto de grupo. Didier Deschamps se sentó entre Guardiola y Mourinho, en el centro de la primera fila. Usted se hallaba a la izquierda, junto a Ancelotti. El ambiente era distendido, se compartieron risas y bromas; estaba siendo una jornada entretenida.

Justo antes de la segunda sesión, hubo una pausa para tomar un café, y usted y Guardiola coincidieron en una de las áreas de descanso desde la que gozaban de unas impresionantes vistas del lago con sus cristalinas aguas azules y las exclusivas casas ubicadas en la otra orilla.

Pep se sentía emocionado en su presencia. Para él, usted es un gigante del banquillo, pero aquella mañana se estaba comportando como un afable escocés de sonrisa fácil, tal y como suele mostrarse cuando está lejos de los focos. Usted admiraba, y lo sigue haciendo, la humildad del joven técnico, a pesar de que en ese momento Pep ya había ganado siete títulos de nueve posibles y tenía al mundo del fútbol debatiendo si estaba implementando una evolución o una revolución en el FC Barcelona. El consenso general en esa época era que, cuando menos, la juventud y el entusiasmo de Pep suponían un soplo de aire fresco.

La conversación de café rápidamente dio paso a una improvisada lección, y Pep siempre fue un alumno atento. A Guardiola le gusta pasar el rato observando y asimilando lo que las leyendas del fútbol han aportado al juego. Es capaz de recordar con gran detalle el Ajax de Van Gaal y los logros del Milan de Sacchi. Pep podría hablarle de ambas hazañas durante horas y, para él, ganar una Liga de Campeones supone casi el mismo triunfo que tener la camiseta firmada por su ídolo, Michel Platini. Usted también forma parte de su Salón de la Fama particular.